

## CAMINANDO POR NAPOLES EN COMPAÑÍA DE RIBERA

Fue una excursión a Italia realizada con el amigo inolvidable, el clarísimo Sanchis Sivera, hace ya muchos años. El docto canónigo archivero de la Basílica valenciana tenía dos anhelos que le obsesionaban como historiador y como valenciano: hallar la verdad rehabilitadora de los Borjas y ensalzar la verdad de Alfonso V de Aragón, rey de Nápoles. Por esto nuestra estancia, un tanto prolongada, en la ciudad vecina del Vesubio. Lo cierto es que por doquier, desde que en Italia entrásemos, veíamos testimonios de España. En Génova parecían vivir en tienducas del muelle aquellos «ginoveses» cervantinos; en Milán, surgían recuerdos de ocupación española; en Pavía, dominio de los Visconti, estaba viva la derrota y prisión de Francisco I de Francia; en Rávena, la tumba de Gala Placidia, aquella señora que en las historias de la primera enseñanza nos decían que vino con su esposo Teodorico y vivió en Barcelona...; y Ferrara, el dominio de los Borjas (los papas setabenses), y el palacio de la duquesa, la calumniada Lucrecia, que reposa con los suyos en el convento de monjitas, junto a nombres como los de Alfonso, duque de Ferrara; Eleonora de Aragón, su madre; Lucrecia Borgia, su esposa... y Roma inagotable en la presencia de España; su Vía Alejandrina, abierta por el valenciano Papa Alejandro VI, obra atrevida en aquellos tiempos, para llegar directamente a la plaza de San Pedro (hoy desaparecida por el gran ensanche mussoliniano).

Nápoles, sede del rey Alfonso V de Aragón, que desde el palacio real de Valencia allí fue a ser rey; y luego, los libros de cancillería escritos en valenciano, y más modernamente aquel joven pintor, también setabense, que allí se instaló, y se abrió camino siendo famoso en toda Italia y trabajando infatigablemente con maestría asombrosa. También contra él se elevó la enemiga de la leyenda negra, también escritores franceses e italianos crearon una calumniosa historia anti-riberista... Era mucho aquel artista joven que acaparó las solicitudes de conventos y ciudades, y no daba tiempo a satisfacer todas las solicitudes.

Llevaba de Valencia un sentido y una técnica poderosos; su maestro, Ribalta, sembró bien su semilla en el alma del pintor, y cuando éste sintió el espolonazo de Italia, no se despegó de sus condiciones personales. Rindió culto a la moda, fue también un «tenebrista», pero ¡cuán lejos de la renta! Por ello sus cuadros tenían también luz valenciana, esa luz que tiene por lo menos

tantas finuras de matiz como la de Venecia, a la vez que la violenta luminosidad de Nápoles. Y fue Ribera personaje de actualidad. A España enviaba incontables lienzos, como por Italia también se repartían. Vivió a lo noble, tuvo a su mesa a próceres, era estimado, reverenciado y... envidiado.

Nosotros caminábamos por aquellos mismos sitios que frecuentase el pintor setabense. Nos lo figurábamos entrando también en aquella española iglesia



*Cabeza de viejo (Museo de Valencia)*

(hoy regida por hispanos monjes) por puerta que os sorprende por situaros junto a la bóveda; allí unas misteriosas cajas forradas de coloreados terciopelos guardan momificados cuerpos hispanos de personas de la corte; y se ve el niño suave (dormido semeja) con su capa, gorra de pluma, guantecitos de hilo, un lujoso traje gris-perla, como tantos y tantos vestidos vería el pintor famoso, quien bajaría al templo, oiría la misa, tal vez dirigiría su recuerdo a los valencianos enterrados al pie del altar cuyos nombres delatan sendas inscripciones en mayólica...

Por allí también saldría el pintor con los suyos hacia su casa, siendo saludado por personajes y no menos por gentes populares, y así se dirigía a su casa y a su lujoso estudio situados en el mismo palacio del virrey. Hasta que llegó

el drama: hallábase en Nápoles (enviado por el rey de España para reprimir la insurrección de Masaniello) el joven príncipe Juan José de Austria, hijo del abúlico Felipe IV y de la actriz «La Calderona», reconocido más tarde por su padre. Sedujo a la hija del pintor, y éste, ante el rudo choque, no sin sufrir desvíos dolorosos de sus antes admiradores, dejó el palacio, se fue a vivir al célebre barrio del Posilippo, donde moraban sus famosos modelos de mendigos y rudos «popolani». Allí, oscuramente, buscando inútilmente apaciguamiento a su pesar, trabajando con frenesí, fue viviendo cada vez más olvidado el gran mago de los pinceles.

No queda más comentario ni más despedida que esta lacónica nota del libro de defunciones de la parroquia de Santa María de las Nieves (hoy de San José), correspondiente al año 1652 y que, traducido, dice así: «El día 5 murió José Ribera, y fue sepultado en Mergeglina», que así llamaban entonces las gentes a la iglesia de Santa María del Puerto.

Nosotros seguíamos aquellas vías, como si fuese nuestro acompañante el propio Ribera, que desde el palacio del virrey se fue a vivir a aquellas calles, con empedrado y edificios de negra lava del Vesubio, como si quisiera sumergir el artista las negruras de su alma con las negruras de los edificios. Bien que de pronto, al extremo de una calle o al fin de una cuesta, aparece la visión radiante, infinita en matices y claridades, de la bahía de Nápoles, como en el alma de aquel Jusepet Ribera de Játiva reaparecieron el consuelo de su arte y de su religiosa fe.

Así murió el gran pintor. Sus restos descansan, revueltos con otros innumerables, en la cripta de la napolitana iglesia, a la que se entra por una puerta conventual en pequeño atrio, alumbrado por dos faroles de gas «vecchio stilo»...

*E. L. Chavari.*